

BENJAMIN

ESPAÑA 1970



PORVENIR DEL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO



EDICIONES DE LA FEDERACION LOCAL DE TOULOUSE
DE LA C.N.T. DE ESPAÑA EN EXILIO

1970

fal
FUNDACIÓN
ANSELMO
LORENZO

ESPAÑA 1970

Porvenir del sindicalismo revolucionario

¿CÓMO es España hoy? Creo que toda persona medianamente informada lo sabe, aunque algunos matices pueden cambiar según la óptica, o el punto desde donde se esté mirando. Estos puntos pueden estar dentro del país o bien corresponder a diversas latitudes del exilio. Entonces algunos enfoques pueden cambiar de modo sustancial.

España sigue gobernada por el sistema franquista, a punto de convertirse prácticamente en neofranquismo con la aportación tecnocrática y europeísta del Opus Dei. Acaso hemos empezado ya a vivir el postfranquismo. En esta fase franquismo y neocapitalismo se confunden ya. El régimen, deseoso de olvidar su origen ilegítimo está jugando con enormes alardes propagandísticos las cartas del desarrollo económico y las realizaciones públicas. «Les comptes rendus» por Franco al inicio del nuevo año señalan siempre bajo la óptica oficial series inacabables de realizaciones estatales o privadas en el campo de la economía, del desarrollo, de los logros sociales. Las cifras y las estadísticas se suceden. Es curioso cómo por encima de diferencias accidentales se asemejan todos los regímenes totalitarios. Los Estados comunistas llenan las cabezas de sus súbditos con enumeraciones interminables de logros realizados en los campos del desarrollo económico y del bienestar social. Las aspiraciones a vivir plenamente en libertad jamás se traducen en algún tipo de logro, pero la libertad es un elemento irrisorio que no puede tomarse en serio y que, además, puede convertirse en temible instrumento de infames maquinadores de dentro y fuera. El Estado totalitario, prácticamente todos los Estados totalitarios, incluyendo a los de la sociedad de consumo, tienden a imponer una civilización de las cosas, con lo que los pueblos y los hombres que componen estos pueblos olvidan que tienen una dimensión interior que decrece paulatinamente con grave peligro de atrofia.

Volvamos al análisis del neofranquismo, deseoso de hacer olvidar su origen golpista y liberticida, y de enmascararse tras las grandes metas del desarrollo en paz.

Estos objetivos encubren la realidad de los grandes monopolios de la banca, que obtienen los beneficios más desorbitados. La banca domina la industria española, la monopoliza, domina los planes de desarrollo, concede créditos a aquellos sectores industriales que le pertenecen o que ofrecen mayores beneficios. Siete grandes bancos se reparten (ver «Los Monopolios en España», del Prof. Tamames) los consejos de administración de las más sucu-

lentas empresas industriales, donde aparecen numerosos generales que participaron en el alzamiento salvador de España. Aquí es donde se nos aparece de un modo más gráfico el consorcio del franquismo con las formas del neocapitalismo monopolista.

Estos bancos, estas empresas obtienen enormes ganancias que hacen subir en flecha la renta nacional. Esta renta es dividida por treinta millones y pico de españoles y la renta per cápita arroja, en las estadísticas oficiales, saltos muy espectaculares. Grandes negocios se realizan en todos los campos, como el de la especulación del suelo. Esta se realiza por elementos enquistados en los puestos oficiales, o en connivencia con éstos. La especulación del suelo es desaforada. De por sí, toda venta particular del suelo común, patrimonio de todos, es una colonización abusiva. Y no digamos si éste cae en manos de las inmobiliarias que se dedican al negocio de la construcción. La más asombrosa historia de este período, creo, no será la de las represiones del régimen, con ser ésta estupefaciente sino la de los negocios y fortunas, escándalos financieros y especulaciones que se han realizado al socaire de la situación. Pero este crecimiento del país—el país crece naturalmente, como sucede a cualquier ente vivo— no se presenta como al servicio de las grandes y todopoderosas oligarquías financieras e industriales, de los trusts y consorcios, sino al servicio del país como un todo. En este todo, gelatinosa pasta envolvente de la realidad, subyacen los banqueros y monopolistas, los especuladores, los ejecutivos, los privilegiados de toda laya, la prolífica burocracia estatal, los cuerpos armados, los obreros, los peones sin calificar oriundos de la emigración interior. Naturalmente, no hay lucha de clases, sino auténtica integración. El desarrollo está al servicio de todos los españoles envueltos y mezclados en la gelatinosa pasta del sistema. La televisión y la radio, y el control de los medios de información contribuyen con su constante martilleo a hacer creer que se tiene «la mejor de las Españas posibles».

El aspecto político del país está en armonía con estas realidades subyacentes, como se comprenderá. El régimen no está dispuesto a ceder a nadie las riendas del poder y es exacto el análisis de quienes afirman que no evolucionará «de motu proprio». Les leyes fundamentales tratan de ofrecer una ordenación de la vida política del país para los próximos cien años. A la desaparición de Franco ya no gobernará un hombre, sino las instituciones, como ha sido definido por los teóricos del sistema. Las instituciones equivale a decir el sistema. Este se apoya en todo un ordenamiento jurídico cuya carne son los principios del Movimiento. El sistema se ha dado sus seguros y contraseguros, como el de contrafuero. Cualquier intento de vulnerar el sistema puede ser denunciado como contrafuero, es decir, como atentatorio a los principios del movimiento nacional, y neutralizado. Porque los artífices de un

mayor rango en el sistema saben que «la naturaleza humana no es de fiar», ya que la ambición, el despecho, la envidia, la inquietud, la rebelión, la heterodoxia, hallan siempre manera de manifestarse aun a través de los mayores impedimentos. Porque toda esa inquietud, esa heterodoxia, esas ambiciones, disensiones, etc., existen, aunque se hallan contenidas por la figura máxima del sistema, que ha logrado hacerse aceptar como símbolo y denominador común de interés. Ahora bien, ¿qué sucederá cuando desaparezca este símbolo? Pere dejemos ese punto para más adelante.

Fijémonos bien en que un país, por muy franquista o totalitario que sea, interiormente es algo vivo cuya existencia no puede quedar fijada de una vez por todas. El país no es el mismo de 1939, ni tampoco lo es enteramente el sistema. Este sistema se ha ido gastando y erosionando en treinta años de fruición victoriosa. Han emergido nuevas generaciones que no conocen el temor a la represión y han ido ocupando el lugar de la generación vencida y aterrorizada. Ciertas condiciones han ido evolucionando lentamente. Falange y tradicionalismo han sido progresivamente suplantados por tecnócratas, ciertos sectores que hicieron la guerra con el vencedor han desertado. El círculo de los incondicionales del poder se ha constreñido y se ha ampliado correlativamente la oposición. Nuevas generaciones obreras surgidas de los puntos más insospachados—muchos de las sacristías y confesionarios que bendijeron la cruzada—se han constituido en oposición veraz y efectiva para substituir a la heroica oposición antifranquista agotada en la sañuda persecución postbélica. Luego fue surgiendo la oposición intelectual y la del estudiantado. Por eso, porque un pueblo es algo vivo que se resiste a morir y a aceptar un porvenir frigorífico. Y mientras en las universidades era barrido el S.E.U., nacía un movimiento estudiantil politizado, con gran influencia del marxismo y del comunismo, ganadores en la dialéctica torpemente mantenida por el régimen propagandísticamente. Luego remitiría el comunismo universitario, y florecerían nuevas formas de rebelión, tales como el trotskismo, el maoísmo, y, muy pujante, el anarquismo. Una lucha sorda mantenía y se mantiene en todos los frentes contra el régimen. Por otra parte, los europeístas del sistema, los que querían hacer olvidar el furibundo puschismo con los fríos cálculos del desarrollo industrial y económico, empezaron a constatar lo conveniente que para el sistema sería la integración de pleno derecho a la Europa asociada. Esta Europa asociada tenía sus remilgos, hablaba de la aceptación de ciertas cláusulas en que se establecen ciertos derechos ciudadanos. El régimen se afilió también a la O.N.U., y no cumplió sus obligaciones como miembro, lo que era de esperar. Sin embargo, decenas de centros de Amigos de la Unesco se crearían en todo el país, y no para rendir culto al franquismo precisamente.

Por otra parte, la conflictiva actitud del mundo del trabajo. La

democracia cristiana, por el profesor Ruiz Giménez, que fue ministro franquista y es obligado a dimitir por asumir una actitud favorable a los estudiantes. Ruiz Giménez ha hecho recientemente declaraciones en sentido socialista.

Todos los demás grupos y sectores se hunden ya en la clandestinidad. Algunos, de nueva creación, son más o menos tolerados, pero el anarquismo y el sindicalismo revolucionario de abolengo se hallan en los círculos más profundos del Averno.

Algunos casos, como el de Ruiz Giménez, pueden parecer incomprensibles para quienes no siguen de cerca los acontecimientos y un juicio superficial puede catalogarle ya de por vida como franquista, o como mera pieza de recambio del sistema, a utilizar por éste cuando le convenga. Pero ese juicio sería demasiado simplista e induciría a graves errores de perspectiva. La razón está en que han transcurrido treinta años, y la vida no es estática y erosiona fatalmente cuanto existe. El proceso de evolución mental de muchos hombres es normal y demuestra que no podemos aplicar clichés definitivos, de una vez por todas, al juzgar las cosas. El país ha perdido el miedo y los movimientos generalizados de opinión cobran gran fuerza. Ciertas medidas liberalizadoras dictadas por consideraciones oportunistas, como la ley de prensa, pese a grandes limitaciones y a sucesivas oleadas represivas, ha creado ya una toma de conciencia irreversible de cierta prensa, cuyas posibilidades informativas y críticas eran inconcebibles hace solamente cinco años. La medida liberalizadora es un arma de dos filos muy peligrosa, y el régimen lo sabe, pero a veces tiene que concederlas. Claro que conserva sólidamente el control del aparato. Los temas candentes de la prensa más inquieta del país son la ley sindical y el asociacionismo. En el primero han llovido y siguen lloviendo las críticas. La prensa a la que aludimos se pronuncia por la libertad sindical, autonomía, pluralidad y representatividad. Y claro, para curarse en salud hacen constante alusión a los programas sindicalistas defendidos por la conferencia episcopal y por la O.I.T., que coinciden en líneas generales. La prensa afecta al núcleo del poder, que se restringe cada vez más, ataca claramente a los obispos y al organismo internacional. Los obispos «sindicalistas» —curioso, ¿no?— y la Iglesia, entre los que aún queda algún que otro brazo alcista de la cruzada, es un grano que le ha salido al régimen. Eso es una realidad, atención, y no sólo estrategia o tramoya, como muy corrientemente se afirma para negar la evidencia de ciertos cambios que parecen como contra natura por lo insólitos. Los testimonios de conflictos laborales, abusos empresariales —están en plena vigencia el lock-out, los despidos masivos y las sanciones colectivas impuestas por las empresas, etc.—, que aparecen continuamente en las páginas de esos periódicos, son abrumadores en número y en penetración informativa. Ultimamente, en relación con la huelga de los viñadores

jerezanos, dirigidos por un anarquista, según las últimas informaciones, y de los mineros asturianos, que aún se prolongan al escribir estas líneas, varios de los más importantes diarios de Madrid y provincias han defendido el derecho de huelga, y la necesidad de su reconocimiento legal, siempre que no sea política. (Siguen curándose en salud, a pesar de todo).

Finalmente, la mayor parte de los grupos y sectores de la oposición, independientemente del lugar que ocupan en los diversos niveles del Averno, manifiestan el claro deseo de emerger de la clandestinidad a las zonas de luz. No para integrarse al sistema, sino en virtud de la elemental proclamación de Derechos Humanos por la que todo hombre y grupo debe poder exponer libremente sus opiniones, sin ser por ello perseguido. Las relaciones del poder franquista con la oposición marginal siguen siendo en lo fundamental las mismas, pero se han producido cambios cualitativos de consideración.

EL MOVIMIENTO OBRERO. — EL SINDICALISMO

Ya se sabe, existe profundo malestar en el mundo del trabajo, que mira a los sindicatos verticales como instrumento oligárquico estatal del todo desacreditado. Igualmente desacreditado cualquier intento de integración al sindicalismo franquista actual so pretexto de abrir vías de penetración en la tupida malla dominada por los burócratas sindicales, que aquí sí conservan aún su ascendencia falangista.

En realidad, pese a los frecuentes conflictos generalizados, el nivel de preparación de la clase obrera permanece bajo, lo cual no es nada sorprendente. La clase obrera, joven en su sector más numeroso, ha sido abandonada a su suerte. Para la mayoría de sus componentes, esta sociedad es una jungla donde cada uno tiene que defenderse como puede, que es la filosofía de los teóricos del régimen. Sin embargo, en los últimos tiempos se viene operando una positiva toma de conciencia; no puede haber salvación individual sino en el contexto de la salvación colectiva. Los índices de concienciación, digamos, son no obstante bajos todavía. En algunas zonas este índice es elevado, en otras prácticamente inexistente. El trabajador resiente un vago malestar e inconformismo, pero no pasa de ahí. Aunque cualquier cálculo sea arriesgado, podría adelantarse que de un 8 a un 10 por 100 de los trabajadores tienen clara conciencia de los problemas que les afectan. Y aun éstos diferirían en sus apreciaciones sobre los problemas. Esta situación entraña graves riesgos, y una inquietante incógnita en cuanto al porvenir de esas masas obreras. Si despolitizadas pueden pasar mañana a engrosar las filas de grupos o partidos que no le piden sino sumisión a las masas. Ya conocemos el mecanismo del movimiento reflejo en virtud del cual las masas pueden

abdicar fácilmente su propia personalidad ante cualquier instancia jerárquica, a cambio de ilusorias demandas de seguridad. Pero toquemos el tema de la minoría consciente que tiene clara noción de los hechos. Esta minoría se agrupa en diversas organizaciones o grupos, o se halla dispersa en numerosísimos grupúsculos por toda la geografía española, librando una guerra de guerrillas permanentes, ya que las acciones frontales son un lujo que no les está permitido. Pero atención: que sin desconocer el ciego influjo que pueden aportar los imponderables, entre los que cuentan la renuncia y la abulia ya aludidos, esas minorías preparadas van a influir de un modo considerable los destinos futuros del movimiento obrero. Estas minorías son muy activas y demuestran denuevo y entusiasmo. Están aquejadas de insuficiente madurez, y sus esquemas ideológicos se resienten de no escasa confusión. Una prospección sobre la marcha de estos grupos nos indicaría la existencia de Comisiones obreras, en franco declive, con predominio comunista. Porque la otra parte de Comisiones, originario sector confederal, está desgastado internamente destino que sufren todas las entidades colaboradoras del comunismo. Parece que una fracción se ha declarado procomunista, mientras otra se habría manifestado en una actitud sorprendente, próxima al anarcosindicalismo. De todos modos, la entidad colaboradora, como tal, ha pasado a mejor vida. La creciente debilidad de estas comisiones se refleja en su actual movimiento de aproximación a otros grupos que anteriormente fueron desdeñados como antiobreros o reaccionarios.

Existen matices socialistas dentro de algunos grupos de ese neosindicalismo, como U.S.O., grupo minoritario pero activo y bastante rígido, al parecer. Luego, A.S.T., entidad originariamente confesional afiliada a la Internacional de sindicatos cristianos, que de modo sorprendente ha girado en los últimos tiempos hacia una concepción diluida del sindicalismo revolucionario, con revalorización de sistemas democráticos de organización y de la personalidad del militante como opuesto al dirigente. U.I.S. (Unión de Trabajadores Sindicalistas) ofrece un interesante ejemplo de reencarnación en el minoritario neosindicalismo de algunas de las ideas fuerza del anarcosindicalismo: concepción revolucionaria y transformadora, democracia y federalismo interno, predominio del militante como realidad fundamental del grupo, aversión al totalitarismo de cualquier matiz. Este grupo ha proclamado su proximidad a la línea del sindicalismo revolucionario tradicional y mantiene relación con grupos dispersos del anarcosindicalismo. El grupo ha surgido al colapsar el anarcosindicalismo como fuerza organizada, igual que los demás grupos, pero no como oposición al sindicalismo histórico, sino precisamente por el vacío que este sindicalismo heroico, exangüe y sacrificado ha dejado en la palestra histórica a nivel de fábrica, de empresa, de tajo, donde empiezan

las realidades primeras a que se enfrenta el movimiento obrero. El régimen muestra cierta tolerancia con estos nuevos grupos, finge ignorarlos, pero esto no debe traducirse en crítica acerba hacia ellos, que han accedido a la vida a un nuevo nivel de los tiempos en que el poder franquista no puede ya extirparlos drásticamente, ni le interesa hacerlo, como tampoco puede ya extirpar la hidra democristiana, o la heterodoxia que le va naciendo en la propia entraña que ha parido el alzamiento. A estos grupos, una razón estratégica comprensible les aconseja utilizar esas siglas con preferencia a otras en que el régimen ve la vivencia del «espantable» pasado. Tienen representación en centros de trabajo, de servicios, empresas industriales, bancos (la banca es uno de los capítulos actuales más interesantes desde el punto de vista de la agitación obrera), y dan fe de vida en los conflictos laborales.

EL SINDICALISMO TRADICIONAL

Considerado con admiración y respeto por casi todos los exponentes del neosindicalismo, ha colapsado como fuerza organizada en casi todo el país, exceptuando ciertas regiones del norte, en que da muestras de alguna actividad. U.G.T.: Ha conseguido reconstituir algunos grupos en el norte del país y ha sufrido detenciones. En reciente juicio ante el Tribunal de Orden Público de Madrid, algunos ugetistas del norte proclamaron su identidad y el deseo que les anima de rechazar a todo trance la clandestinidad. Tómese nota para comprender mejor el tono psicológico imperante en los grupos de oposición. En el resto de España la U.G.T. es puramente nominal y su fuerza prácticamente nula.

C.N.T. (CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO)

Nuestra entrañable sindical protagonista de muchos de los hitos gloriosos en la historia del proletariado español, está al parecer oficialmente organizada, pero su existencia es nominal y su impacto actual sobre el mundo del trabajo muy limitado. De la plétora organizativa de los 40 y 50 bajo el franquismo, con enormes riesgos y sacrificios de militantes, en que se lograron muchos miles de afiliados que incluso cotizaban de modo regular en la clandestinidad, sobre todo en los años próximos a la terminación de la II Guerra Mundial —se ha pasado a la acusada astenia del presente. ¿Ha desaparecido el anarcosindicalismo en el interior del país? No, desde luego, pero examinemos con realismo la situación actual. En primer lugar, la militancia confederal ha envejecido. La que quedó en España fue carne de paredones, o, en el mejor de los casos, de presidio. Miles y miles de años de cárcel gravitan sobre los hombres de esta heroica militancia sacrificada, que con frecuencia lo perdió todo, incluso la familia. La persecución siste-

mática, sin mañana, llevó al abandono de la resistencia organizada, desarticulada una y otra vez. Los militantes se refugiaron en pequeños círculos de amigos y aceptaron implícitamente que el relevo fuera a otras manos. No obstante, los cimientos que el anarcosindicalismo tiene en España son estimables. La militancia, con la desventaja, eso sí, de los años, supera aún en número al conjunto de todos los grupos neosindicalistas de la oposición reunidos, pero el cansancio y la abulia le impiden sintonizar con reflejos actuales a la evolución vital del país, que no ha cesado. Hay cierto inmovilismo. Algunos amigos quedaron anclados en la posición de 1939, y otros, aunque siguen el ritmo vital del país, están rezagados, han perdido el hábito de manejar con autoridad y eficacia los problemas. En ocasiones este desfase se traduce en la actitud inconscientemente defensiva de tratar con gradilocuentes soluciones problemas nuevos que requieren nuevos y atentos estudios y soluciones concretas. En este sentido, no en el de los objetivos a larga perspectiva, en sí fundamentales, las nuevas promociones obreras están mejor preparadas. Para resumir, la iniciativa ha pasado a manos de quienes en mejores condiciones se hallan para asumirla. Según parece, algunos grupos de vanguardia en el anarcosindicalismo tratan de sintonizar urgentemente con la hora española haciendo frente a los múltiples y desbordantes problemas a examen, desplegando el siguiente lema: iniciativa e imaginación. La rutina, ciertos viejos esquemas de acción superados por no responder a realidades concretas, entrañan por su inoperancia gravísimos inconvenientes para la vida del propio anarcosindicalismo. Esa corriente aludida trata de entroncar eficazmente con el movimiento obrero joven. La posición actual del anarcosindicalismo en el país es delicada. No sirven fáciles triunfalismos que decoran la realidad, embelleciéndola. Esa táctica recuerda el suicidio dulce que llega en medio de una modorra confortable. El anarcosindicalismo tiene algunas bazas de fuerza; sus cimientos, su aleccionadora historia, importantísima por el volumen de experiencias que aporta a los jóvenes. En estas experiencias está el bagaje doctrinal, precioso para unas generaciones que han partido de cero en lo ideológico y necesitan una firme guía para caminar con paso estable. Lo trascendental en el acervo doctrinal del anarcosindicalismo es su universalidad. Este atributo hace que sea redescubierto siempre, una y otra vez, y actualizado. Por otra parte, hay mucho anarquista joven y espontáneo por todas partes, hasta el punto que se dan las condiciones para un anarquismo de tales quilates, diríamos, como jamás se han dado en el país. Luego las reservas humanas y físicas del exilio también cuentan, sobre todo si éste **sabe** pulsar la realidad española. El anarcosindicalismo exiliado puede resultar una reserva inapreciable por su entrega, generosidad y firmeza. Ningún otro grupo del exilio puede comparársele a juzgar por las obras, y esto pese a ciertos problemas internos que le aquejan.

Verterse hacia afuera, sobre todo de un modo inteligente en España, puede ser para él una profilaxis de excelente resultado. Pero aquí hemos de detenernos a hacer un breve examen comparativo.

EL EXILIO Y ESPAÑA

Las realidades del exilio y las de España no se corresponden, en general. Difieren la mentalidad, los problemas vitales concretos, la atmósfera, el **tempo** psicológico. El exilio es en gran parte estático por estar fundado en la esperanza, mientras el interior es enormemente fluido, porque cada hecho es una porción de futuro. La militancia incluso, que participa de las mismas convicciones, no comparte exactamente aquí y allá los mismos puntos de vista sobre los mismos problemas concretos. No digamos de los extraños al anarcosindicalismo. Las publicaciones del exilio, sobre todo las combativas, pese a que sostienen incuestionablemente verdades de fondo disuenan por su lenguaje en los oídos de la gente del Interior. Muchas veces se nos ha hecho esta observación, y la brindamos por su valor sociológico. El lenguaje es apocalíptico, estridente, y falto de matizaciones en muchos aspectos importantes. Los oídos de la gente del interior, acaso como consecuencia de una diferente atmósfera vital, se sienten heridos por estas disonancias. Otro tanto ocurre con interpretaciones más importantes. Una visión estática a quien escapa la fluidez de la situación actual en el país puede llegar fácilmente a una interpretación maximalista de los problemas: o todo o nada. Como cuando sin calibrar suficientemente la naturaleza de las nuevas situaciones de todo tipo que se dan constantemente en España, se concluye que nada puede variar en lo sustancial y que la única solución es la subversión violenta del franquismo, que, de motu propio, jamás dejará de ser lo que es. El análisis que concluye en esto es correcto en buena parte, pero la conclusión es un acto de voluntad por el que sumariamente juzgamos el problema de una vez por todos y nos enfrentamos a la subversión del régimen. Por un lado, no hay nada fijo, inmutable, ni el propio frigorífico franquismo, sometido a múltiples erosiones, y ciertos procesos evolutivos están en marcha, muy a su pesar. El tiempo no es aliado del franquismo, ni de nada. En realidad, esa es la intención visceral del franquismo: no ceder ante nada ni ante nadie. De ahí dedúcese entonces la necesidad del hecho violento que lo trastoque. Pero el franquismo ignora que no está ante una fría realidad histórica elaborada en un gabinete de investigación, sino ante un pueblo vivo, una realidad viva que le erosiona y presiona desde puntos múltiples. Por otra parte, la subversión contra el franquismo es un hecho tajante y claro, pero... me decía el otro día un amigo: ¿Quién le pone los cascabeles al gato y cómo? Quizás a manera de disuasión los servicios de información franquistas

han permitido publicar a ciertos periódicos y en algún libro ciertas prolijidades de los resortes del Poder franquista. No era nada nuevo: su fuerza represiva es enorme, está organizada con miras estratégicas. Los enlaces ferroviarios puestos a punto hace poco, que conectan con lugares céntricos del metropolitano en la ciudad permiten meter en el centro de la capital, en menos de media hora, los regimientos mejor armados de las guarniciones periféricas. Y la famosa división acorazada, la de mayor potencia de fuego del ejército, a pocos minutos de Madrid. Y el ejército, por ahora, es seguro. Luego la policía armada, la guardia civil, el cuerpo general de policía, y los incondicionales de toda laya. Parecido en todas las provincias. A ver quién le pone los cascabeles al gato. Por ahora, y también en una amplia perspectiva del tiempo, la teoría insurreccionalista no es viable. Impracticable. Toda solución impracticable merece ser borrada de la lista de las soluciones reales. Cabe la posibilidad de pronunciamientos militares a tenor de cambios políticos cualitativos. Creemos que la desaparición de Franco, afortunado aventurero convertido en símbolo, puede originar una acusada descomposición interna del régimen, porque entonces no será fácil reunir a todos los cruzados bajo la égida de un jefe, porque hay mucha ambición y egolatría contenidas. Pero eso es jugar a los augurios. Los resortes del Poder, vistos así, son inexpugnables hoy, pero todos esos formidables medios represivos pueden quedar ridiculizados e inermes si en determinado momento se llega a producir una de esas profundas crisis de autoridad que a veces, en la historia, confunde y hace vacilar a los más poderosos Estados. Como nos enseña el mayo-junio francés con el gaulismo. En determinados momentos todos esos formidables medios mecánicos de represión pueden no hallar manos que los accionen, pueden verse moralmente desarmados y desbordados por el pueblo. Pero eso es de nuevo la revolución y ésta no llegará sin un no menos formidable y tenaz trabajo de oposición, de erosión, de lucha, de contestación del Estado franquista a todos los niveles. Aquí es donde se presenta la problemática del antifranquismo, en cuanto a lo que debe hacerse y cómo. En resumen, un complejísimo mosaico de problemas, y, por consiguiente, un complejo programa de acción ¿Que también esto es difícil? Sí, pero está en proporción con nuestras fuerzas, es lo que podemos hacer, y este quehacer presupone toda una nueva estrategia de lucha, en que habrá que conceder atención a la agitación, a las huelgas, a la contestación, sin ignorar la resistencia pasiva de las masas, la desobediencia civil, y otros procedimientos de lucha no violentos ante los que el Poder no podrá utilizar sus blindados. Pero meter a esta situación un esquema insurreccionalista es como no meter nada, equivale a ignorar o desdénar todo el programa de cosas hacederas que podemos emprender desde este instante. Podemos sentarnos a pensar lo bueno que sería que el cadáver de

nuestro enemigo, fulminado por arte de magia, pasase ante nuestros ojos regocijados, pero ¿a qué conduciría esto?

En mi opinión, lo que debemos hacer nosotros, es preparar con inteligencia e imaginación las bases para el relanzamiento en el país del anarcosindicalismo, mucho más amenazado de lo que se cree, y ello bajo las condiciones actuales, en, contra, frente, bajo el franquismo, con visión y realismo, entroncando con los fermentos populares más activos y esclarecidos que pueden influir en el porvenir del país. En nuestro caso el aislamiento equivaldría a la muerte. Divulgar soluciones impracticables pueden hacernos blanco de acusaciones de demagogia, de querer evadir con esquemas grandilocuentes determinados problemas concretos. Predicar la insurrección, sin más, puede hacer aquí hoy el efecto de un pistoletazo en una alcoba. En cambio podemos indicar a los obreros cómo deben orientarse en los conflictos contra las empresas, aclararles en qué consisten los principios organizativos básicos del movimiento obrero, propagar los principios del sindicalismo revolucionario, ir creando los antídotos que han de desintoxicar los cerebros de la peste autoritaria y dirigentista que hoy les ofusca. Dar la visión anarcosindicalista de la unidad obrera, candente problema que ocupa el primer lugar en el rango de los problemas. Y un gran cometido a corto plazo: el anarcosindicalismo puede constituirse en motor y máximo elemento esclarecedor de toda una izquierda socialista y revolucionaria, antitotalitaria, que aparece difusa, falta de móviles claros. En su desarrollo esta izquierda debe fundirse con el pueblo. La universalidad del anarcosindicalismo, que no busca el Poder, sino la revolución por la base en que todos pueden participar, le pone en óptimas condiciones para ese rol de esclarecimiento e inspiración.

No acabaríamos nunca la enumeración de tareas a realizar. Estas tareas, tengámoslo presente, y mal que nos pese, tendremos que emprenderlas con más heroísmo, determinación y recursos imaginativos que en ningún otro momento del pasado, partiendo prácticamente de un nivel cercano a cero. Partiendo con humildad, pero con visión penetrante y clara de lo que debemos hacer. **Importante:** estas líneas no pretenden dar una lección a nadie, sino informar de hechos. Al fin y al cabo si se tiene una visión determinada es porque se está donde se desarrollan los hechos, y ello no entraña mérito especial alguno.

PROBLEMAS CONCRETOS DEL ANARCOSINDICALISMO EN ESPAÑA

Haremos sólo una breve enumeración, dejando el desarrollo de esta parte para un nuevo trabajo. Esta enumeración sería a manera de toma de contacto con algunos de los problemas.

— Conocimiento exacto de la situación del Movimiento obrero

en España, hoy. Reconocimiento de las nuevas condiciones, que no van a dejar de existir por el hecho de ignorarlas. Reconocimiento de la existencia de los nuevos grupos sindicales, y toma de posición ante los mismos. Correlativamente: necesidad de replantear la alianza sindical, ampliándola con la nueva savia luchadora, que, por otra parte, acusa presencia activa en los centros de trabajo. La proliferación del neosindicalismo no debe alarmarnos. A la larga se producirán las inevitables polarizaciones en las únicas corrientes viables. El sindicalismo revolucionario henchirá sus cauces en relación directa a la inteligencia que sus hombres pongan en las tareas.

— La unidad obrera, gran tema del momento en el país. Existe una especie de sicosis unitaria de gran intensidad, a la que han contribuido diversas fuentes, sin olvidar el propio franquismo con sus planteamientos integradores. Los nuevos grupos activos del sindicalismo son unitaristas, aunque se afirman en su corporeidad orgánica. Luego, la innegable evidencia, a nivel de sentido común, de las ventajas que la unidad obrera aporta a los trabajadores. Por otra parte, **mucha atención a este problema**, los obreros plantean unitariamente sus reivindicaciones a nivel de empresa, fábrica, banco, tajo, etc., lo cual es una primera confirmación pragmática de los beneficios de la unidad. Debido a la falta de preparación doctrinal y de politización de los sectores mayoritarios de la clase obrera, los conflictos reivindicativos nacen sin matización ideológica. El hecho reivindicativo primario, a nivel de base, tiene un neutralismo constitutivo. Este neutralismo elemental tiende a afianzarse, y de él nace el fuerte sentimiento unitario de la clase obrera, en que los intereses de ésta se entreen como universales. **¿Se comprenden claramente las implicaciones de este problema?** Este fenómeno puede llevar por autoderivación al nacimiento incontenible de un sindicalismo nuevo en el futuro, prácticamente imprevisible, que acceda independientemente de toda experiencia histórica anterior. Pero el problema de la unidad obrera, como se sabe es complejísimo, y entonces es preciso hacer un profundo análisis de sus condicionamientos, de sus posibilidades. El trabajo de esclarecimiento a hacer en este aspecto es sencillamente gigantesco, dada la óptica primaria con que los trabajadores miden el problema. A los anarcosindicalistas les interesa reconocer tal problema, pero deben subrayar que no se puede abdicar ciegamente ante el mismo, so pena de afrontar futuros desastres y desgarramientos en la clase obrera. La unidad por la unidad no puede ser un fin. El fin es crear un tipo de sindicalismo manumisor, universalista, que, refractario a cualquier intento de integración o desbordamiento del virus político opere desde posiciones de fuerza en todas las direcciones, inclusive en la de la deseable unidad obrera. Acaso un planteamiento inteligente que concilie la fortísima y

emocional tendencia a la unidad obrera con la pluralidad de tendencias existentes de hecho, y que se manifestará con fuerza creciente una vez rebasados los estadios meramente reivindicativos para encarar problemas de más trascendencia, sería el de Alianza Sindical generalizada. Esta fórmula podría hacer factible, en lo posible, la unidad dentro de la pluralidad de las formas existentes hoy ya. Pero hay que ofrecer a los trabajadores españoles un programa constructivo y coherente que ellos puedan aceptar a tenor de las condiciones objetivas de la hora. Aquí tampoco sirve meter esquemas unilaterales válidos en 1931 ó 1936, puesto que dejaríamos subsistir el gran problema, sin rozarle siquiera. La hipotética substitución de la sindical franquista plantea también los consiguientes dilemas. Varios cientos de miles de millones han sido acumulados con el esfuerzo de los trabajadores españoles en montepíos, seguridad social, edificios, etc. Los trabajadores quieren controlar estos bienes, administrar toda esa riqueza que ahora escamotea irresponsablemente la burocracia vertical. Si se admite en teoría la posibilidad de una subversión violenta del régimen, hay que admitir también la posibilidad de que en un porvenir más o menos lejano pueda forzarse una ley de asociaciones, y si en el interregno las ideas-fuerza del sindicalismo revolucionario se han propagado con suficiente amplitud, un esquema sindical aliancista estaría en condiciones de proponerse un programa mínimo de realizaciones en el campo de la autogestión obrera, creando los primeros hitos de un porvenir socialista libre.

Otros problemas, de ahora y de siempre, son los de la actitud del movimiento obrero ante los grupos políticos, ante el marxismo-comunismo, ante el neocristianismo, ante las perspectivas más lejanas de acceso al socialismo. Para el anarcosindicalismo, además, la tarea de reactualizar la teoría del comunismo libertario, adaptándola a las condiciones de la sociedad tecnológica y compleja de nuestros días. Luego el estudio atento de la correlación de fuerzas previsibles, lo que nos obligará a construir sobre la marcha otras estrategias. Existen latentes, repetimos, las líneas generales de una proyección socialista y revolucionaria, de una corriente del pensamiento socialista, marginal, no institucionalizable, refractaria a toda veleidad totalitaria. Esa corriente es receptiva a la influencia anarquista. También el neocristianismo, o algunos sectores, al menos, acusan clara simpatía por una doctrina que ante todo establece la radical dignidad del hombre.

Se comprenderá que los ingentes problemas someramente aludidos en esta perspectiva no se revolverán con manifestos, ni con acuerdos que desconocen las realidades a tratar. Una declaración maximalista o no, es un simple hecho aislado y perfectamente inútil si no establece una solución de continuidad y contacto permanente con el pueblo a todos los niveles, para crear

vías de canalización de las ideas básicas susceptibles de construir el futuro de una nueva España. Audacia e imaginación son imperativos para esta hora. El anarcosindicalismo español ha de tomar posiciones sólidas en realidad española y no disociarse de ella. La realidad española puede presentarse como un largo túnel que empezó en 1939 y se prolonga en medio de sombras y súbitos relámpagos de luz. En ese oscuro pasaje se da y continuará dándose una lucha sorda, tenaz, dramática de un pueblo por la pervivencia y la conquista de un nivel estimable de dignidad y libertad. El pasaje o túnel es un proceso de lucha y evolución. La lucha entrañará riesgos. El Poder empleará los más variados medios represivos, sin olvidar el fomento del terrorismo por parte de diversos grupos no institucionalizados, como el de los «Guerrilleros de Cristo», que con toda garantía e impunidad agreden a grupos de oposición. Pero el proceso evolutivo no se detendrá. Este proceso empezó con el Estado franquista y los atributos ominosos que le legó la «cruzada», pero lo normal es que ese Estado de arbitrariedad vaya perdiendo sus atributos, y no de grado, sino por la fuerza de las circunstancias. La hora del totalitarismo sanguinario que nos pintan las proclamas ya ha pasado en gran parte, y el Estado franquista mira en derredor antes de actuar. Se refrena. La represión seguirá, como digo, pero sus métodos vis a vis de esa oposición múltiple y cada vez más amplia que le ha nacido y no puede erradicar traumáticamente, han cambiado. En la España de hoy, cierto, han aparecido los inquietantes «Guerrilleros de Cristo», pero también han nacido —nota entrañable y esperanzadora— los primeros kibbutz. Uno en Almería, otro en Burgos, un tercero está a punto de nacer en Badajoz. La genialidad y el entusiasmo del pueblo no puede ser sofocado indefinidamente por la dictadura.

El anarcosindicalismo debe meterse por el pasaje o túnel sin vacilar, a la vanguardia de la oposición. Debe constituirse en fuente de energía, iniciativa, y esclarecimiento, y lo hará sin perder nada de su carácter. Al final del sombrío pasadizo puede aparecer el Estado actual evolucionado, o el Estado liberal o democrático, o cualquier otro tipo de Estado. Para nosotros será igual. Tendremos que continuar caminando a través de túneles, quizás menos angostos, más traslúcidos, señalando como meta final la instauración de la Sociedad sin Estado y sin clases. Pero tendremos que instalar desde ahora ya los canales de riego que aporten sin intermitencias ni discontinuidad la savia anárquica al torrente sanguíneo de nuestro pueblo.

España, enero, 1970.

BENJAMIN

